

## Conflicto de géneros y construcciones discursivas

POR CRISTINA SANTAMARINA<sup>1</sup>

*“Me gusta decir. Diré mejor: me gusta palabrear.  
Las palabras son para mí, cuerpos tocables,  
sirenas visibles, sensualidades incorpóreas”*

PESSOA

**P**ara quienes, en los albores del siglo XXI, se encuentran en disposición de hacer balance del siglo XX, uno de los cambios sociales más importantes que podrán apreciar en su transcurso es el que ha sido protagonizado por la mujer y su lucha por la equiparación de derechos con el varón. Este mayor protagonismo se ha articulado sobre distintos cambios, producidos, fundamentalmente, en las sociedades económicamente más desarrolladas y como justa continuidad con la equiparación de los derechos políticos.

También en el caso de España, puede afirmarse que la relación entre los géneros ha cambiado substancialmente. Un cambio social que tiene una de sus fuentes principales en la mayor incorporación de la mujer al mercado laboral y no sólo en los sectores más tradicionales como la agricultura, la alimentación o el textil. Ahora bien, si dirigimos la mirada a los puestos más altos de la organización laboral -aquellos con mayor responsabilidad, poder, nivel de ingresos y prestigio social - comprobamos que el camino de la incorporación de la mujer, apenas se ha iniciado. Este ámbito de relativo privilegio destaca por una presencia muy reducida de mujeres, a pesar de que éstas cuentan ya con el nivel de formación que se precisa. El documento que sigue, intenta contener los aspectos centrales de una investigación realizada acerca de la relación entre los géneros y los cambios tanto interactivos como socioespaciales que entre varones y mujeres se están produciendo en la actual situación, dentro de un sector de clase caracterizado por el alto nivel de formación - en ellas y en ellos - la privilegiada situación económica y la hegemonía sociocultural que representan como segmento de clase. De forma aún más precisa, nos detendremos de forma casi hegemónica en los aspectos so-

ciolingüísticos de los discursos producidos desde este sector sobre los cuales se afianza la investigación<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Se trata de una investigación de perfil metodológico cualitativo en la que se trabaja sobre los discursos producidos por mujeres y varones en procesos conversacionales diferenciados.

La diversidad lingüística juega un papel esencial en la construcción de la identidad social y personal. Las diferencias lingüísticas, correlato de las diferencias sociales, resultan fácilmente identificables, constituyen marcas de identificación y delimitación social que los hablantes utilizan para adscribirse a un grupo o bien para identificar y casi siempre evaluar a sus interlocutores. La sociolingüística estudia cómo las diferencias de habla se asocian a la existencia de prejuicios y estereotipos sociales. Con respecto a las diferencias de género se presentan dos grandes campos de trabajo:

El estudio del sexismo en la lengua que se ocupa de cómo las lenguas “tratan” a las mujeres. Se parte de la hipótesis de que en la lengua común aparecen una serie de recursos y estrategias lingüísticas que juegan un papel en el mantenimiento de la dominación masculina, que ocultan la participación de la mujer en la sociedad e imponen una imagen estereotipada, fuente a su vez, de descalificaciones y aislamiento. Los fenómenos que con mayor frecuencia presentan manifestaciones sexistas son: diferencias en las formas de tratamiento; existencia de duales aparentes y asociaciones estereotipadas; vacíos lexicales para referirse a ciertas cualidades o actividades sin especificar sexo pero que representan problemas cuando el referente es una mujer; insultos y refranes; vocablos androcéntricos: especialmente tacos y los léxicos sobre sexualidad, oficios y profesiones, etc. La respuesta y la resistencia femenina ante el sexismo y la imagen de las mujeres que conlleva, han sido consideradas especialmente reveladoras en diferentes estudios. Entre los fenómenos de resistencia ante las prácticas sexistas, cabe destacar la tendencia a la feminización de títulos profesionales y de actividades, las marcas de género en los nombres comunes, el uso de dobles y algunas preferencias lexicales (por ejemplo, el uso de persona en lugar de “hombre”), la desconfianza ante los masculinos extensivos, etc. Dentro de estas líneas de investigación destacan los trabajos de autores como Bodine<sup>2</sup>, Mañeru<sup>3</sup>, Fernández Lagunilla<sup>4</sup>; Martín Rojo<sup>5</sup>, etc. En nuestro estudio veremos como

algunos recursos remiten a la existencia de sexismo inhibido y como otros hacen patente el rechazo a ciertas nuevas posibilidades de identidad de las mujeres.

<sup>2</sup> Bodine A. (1980) “Androcentrismo y perspectiva gramatical” *Lenguaje y Sociedad*: ediciones Universidad Autónoma.

<sup>3</sup> Mañeru A. (1991) El género: ¿accidente gramatical o discriminación no accidental?” *Los estudios sobre la mujer: de la investigación a la docencia*. Instituto de la Mujer.

<sup>4</sup> Fernández Lagunilla M(1991) “Género y sexo: controversia científica o diálogo de sordos” *Los estudios sobre la mujer: de la investigación a la docencia*. Instituto de la Mujer.

<sup>5</sup> Martín Rojo L (1995). “Argumentar e inhibir” Fondo de Cultura económica, México.

Diferencias lingüísticas entre los géneros. La segunda línea de investigación se ocupa de aquellos rasgos lingüísticos que socialmente se consideran típicos de uno

de los dos géneros. Para ello se ha examinado si existen diferencias en como se les enseña a ambos géneros a usar el lenguaje. Desde este punto de vista se ha observado que las diferencias expresivas dependen sistemáticamente del género de los emisores y receptores en cada proceso concreto. Por último, dentro del marco de la semántica cognitiva, nos ocupamos de los estereotipos y de las categorizaciones sociales, empleando como marco de referencias las investigaciones de Lakoff<sup>6</sup>, Tajfel<sup>7</sup>, Turner<sup>8</sup>, Van Dick<sup>9</sup> y Potter<sup>10</sup>.

Comenzamos analizando los discursos masculinos para seguir con los femeninos y terminar con algunas reflexiones sobre la actual situación de conflicto entre los géneros y las construcciones discursivas emergentes.

## Los discursos masculinos

Un rasgo común en los discursos masculinos analizados es el reconocimiento acerca de los cambios sociales producidos por el avance de las mujeres y las consecuencias que éste desencadena sobre la identidad, la vida laboral y la vida en pareja. Los varones admiten su propia confusión ante la nueva situación y la necesidad de cambiar su propio comportamiento. Las contradicciones que subyacen en su discurso ponen de manifiesto la trascendencia de esta confusión que se expresa a través de un continuo desdoblamiento en dos estilos discursivos diferentes: el discurso del oprimido y el discurso del opresor. Ambos discursos se articulan sobre la distribución simbólica de espacios, también relevante en los discursos femeninos, y suponen el establecimiento de un límite imaginario que las mujeres insisten en traspasar. Desde el momento en que las mujeres traspasan el límite del espacio doméstico y “amenazan” con invadir el espacio laboral, ellos pasan de ser opresores a ser oprimidos.

El segundo rasgo relevante del análisis es el acercamiento en lo que respecta a las estrategias y los tipos de discursos empleados por ambos géneros, al desaparecer

o intercambiarse algunos de los rasgos tradicionales atribuidos a cada uno de ellos (resistencia a asumir o conferir al otro género el papel de agente; discursos centrados en el yo frente a discursos relacionales; empleo de estrategias que refuerzan la solidaridad grupal frente a estrategias que afirman la independencia de criterio, etc.). Muchos de estos rasgos com-

<sup>6</sup> Lakoff R. (1982) “Metáforas de la vida cotidiana” CATEDRA, Madrid.

<sup>7</sup> Tajfel H. (1981) “Human group and social categories. Cambridge University Press.

<sup>8</sup> Turner J. (1987) “Advances in group processes” Greenwich, Ad- JAI.

<sup>9</sup> Van Dijk T.A. (1993) “Elite discourses and racism” Newbery Sage.

<sup>10</sup> Potter G. (1997) “Feminims in Linguistics. New york Academy of Sciences.

ponen lo que O'Barr<sup>11</sup> denomina estilos cargados de poder y/o vacíos de poder. El primero es propio de quien sabe que su palabra está legitimada socialmente y que se encuentra en una posición de fuerza y el segundo, en la posición contraria, deslegitimada y subyugada. Tradicionalmente los sociolingüistas (Lakoff, Irigaray<sup>12</sup>) habían observado la presencia de rasgos propios de un estilo vacío de poder en los discursos femeninos, cosa que no sucede en los que se analizan en esta investigación. En contrapartida, parecen haberse incorporado, en alguna medida, al habla masculina.

Los cambios en la actual realidad socio-histórica, lleva a los varones a subrayar un enfrentamiento emergente entre los géneros que alcanza su expresión más potente con el uso de las metáforas de guerra y la apertura a nuevas consideraciones y conceptualizaciones sobre acciones y agentes en los discursos. En efecto, frente a las tesis tradicionales, los discursos masculinos de esta investigación, presentan a las mujeres como agentes claros y unitarios de cambio, en todos los espacios sociales. Pero el papel de agente social atribuido a la mujer no se observa sólo a nivel oracional, sino a nivel discursivo, constituyéndose en el principal tópico de los procesos conversacionales.

*... los hombres siempre haremos lo que las mujeres nos dejen hacer... (se ríe)  
queramos reconocerlo o no..*

La atribución de este papel de agente a la mujer no sólo se observa en el espacio doméstico, lo que podría responder a esquemas más o menos tradicionales, sino en el espacio público y laboral:

*- Está claro ¿quien manda en casa? pues manda la mujer... ¿con qué manda la mujer? pues yo que sé con qué manda la mujer... `pero está claro que es una opinión de ambos, vamos, que si en algo estamos de acuerdo es que siempre se impone la voluntad de la mujer...*

*-... dices que el hombre se ha dado cuenta de que la mujer existe... yo creo que es que la mujer se ha impuesto, ha aparecido en un montón de cosas que antes no tenía y no es que el hombre se haya dado cuenta, es que la mujer se ha impuesto. Ha empezado a exigir, y a exigir, ha empezado a meterse y ya está en nuestros despachos, ya se ha metido y allí es donde viene la guerra, porque puestos a competir a mi me da igual que sea hombre o mujer...*

<sup>11</sup> O'Barr T. (1982) *Language, power and strategies* New York, Academic Press.

<sup>12</sup> Irigaray L.)1993) "Sexes et genres à travers les langues. GRASSET, Paris

El discurso masculino no aparece en este caso, como un discurso autocentrado, androcéntrico, sino como un discurso que se vertebra sobre la conciencia de la existencia de un “otro”, que se centra en la alteridad y nos devuelve una imagen de mujer que ya no responde al modelo de ser sumiso e ignorado, sino fuerte y activo. La misma idea vuelve a resurgir con expresividad cuando los varones dan cuenta de las diferencias de comportamiento de los distintos sexos en otras especies; diferencias en las que éstos varones se proyectan y con las que intentan explicar sus concepciones tradicionales:

*-... es que desde luego lo que no podemos olvidar es que en la naturaleza, de donde todos venimos, hay una carga instintiva muy importante. La hembra en la naturaleza espera, recibe, atrae, llama... y luego, ya, se ataca... a por ella*

Lo natural es que el sexo femenino aguarde, espere, reciba... lo que iría contra natura es lo que ahora ocurre, donde ellas exigen, irrumpen, ocupan...

Contrariamente a lo que ocurre en las investigaciones sociolingüísticas más tradicionales, en ésta, los varones rara vez se atribuyen el papel de agentes. Antes bien, se presentan como beneficiarios/afectados de los procesos sociales en el plano semántico, lo que equivale en el plano social a presentarse como actores que sufren los procesos sociales en los que las mujeres desempeñan el papel de agentes. Este es un rasgo que se ha considerado característico del discurso femenino y que de hecho, aunque atenuado, también aparece entre las mujeres de la presente investigación. Al aparecer como beneficiarios o afectados, los varones subrayan la necesidad de defenderse y refuerzan su presentación como víctimas:

*-... y ahora estamos un poco en manos (se ríe) - lo digo sin ningún sonrojo ni arrojito - estamos en manos absolutamente de las mujeres...*

La presencia de un “nosotros” implícito en el referente de la cita anterior no es tan frecuente en el caso de las mujeres que optan más fácilmente por un “tu” que engloba tanto al locutor como al interlocutor y también a todo el colectivo. La aparición de este pronombre “nosotros”, es coherente con el tipo de acciones y la diversidad de perfiles que se atribuyen a la mujer y con la metáfora de la guerra, ya que como se ha observado en distintas ocasiones, el “nosotros”, no sólo señala la identificación del sujeto hablante con un colectivo, sino que es además, elemento crucial en la dialéctica del enfrentamiento. Geffroy<sup>13</sup> muestra como el discurso de la rivalidad y de la guerra pre-

cisa conformar un grupo unitario cuya definición y delimitación se produce en

<sup>13</sup> Geffroy A. (1985) “Les nous de Robespierre” GALLIMARD, Paris

el propio discurso y responde a lo que Polyakov<sup>14</sup> ha llamado la “diablolética”, es decir la demonización del oponente. En este sentido junto al término mujer encontramos en el discurso de los varones los conceptos “tías”: matiz despectivo pero cargado de coloquialidad; “hembra”: cuando se trata de argumentar las diferencias a partir de parámetros biológicos, pero también “chavalitas”, “acumuladoras de masters”, “juezas dichosas”, “mamaítas” - para referirse a las mujeres trabajadoras con hijos, y finalmente “personas femeninas casadas”. Otras formas de referirse a las mujeres ya pertenecen más directamente a la evocación metafórica entomológica, a partir de las cual, las mujeres se suceden en una suerte de colección zoológica: “leonas”; “hienas”; “loros”; “ratas”; “hormiguitas” o simplemente “bichos de mucho cuidado”.

De esta forma se hace evidente que este colectivo no visualiza de forma homogénea a las mujeres, contrariamente a lo que sucede con la mirada intracolectiva o intragénero, donde el nosotros masculino sólo se altera ante la presencia del concepto “varón” y en menor medida el término “macho” contrapuesto al de hembra.

A continuación recogemos el inventario de los verbos o más exactamente de las acciones que los varones le atribuyen a las mujeres y que en su elocuencia son ilustrativos del actual campo de confusiones

- la mujer se ha impuesto
- ha empezado a exigir
- ha cambiado
- ha entrado en un mundo que era nuestro
- trabajan en cosas no típicamente femeninas
- quiere ser más que el hombre
- ahora tiene más libertad
- si no trabaja está más sumida en casa, sólo ve televisión.
- da lo que sea por no estar en casa
- se ha despendolado
- el padre traía la comida a casa y la mujer la hacía
- admito la entrada de la mujer en el trabajo
- los hijos son más de la madre
- la mujer suele estar en un status inferior
- asume obligaciones (con sus hijos) porque tiene más tiempo que el varon
- hacen lo que sea para igualarse al hombre

<sup>14</sup> Poliakov L. (1980) La causalité diabolique. Essai sur l'origine des persecutions". CALMAN-LEVY. Paris

- se pasan de la raya, abusan, putean mucho al hombre
- van a tomar copas
- utilizan sus encantos en el terreno laboral
- ha empezado a meterse en todo lo que era nuestro (propio)
- es otra persona, otro grupo social
- ha evolucionado
- se quiere imponer como una leona
- dependían (antes) del marido
- se han ido para el otro lado
- no saben ni freír un huevo
- tendrá que seguir dando a luz y de mamar (aunque no quiera)
- quita el trabajo al hombre
- irrumpe en la vida social
- manda en casa
- gana en la alcoba
- elige a los hombres
- está fastidiada
- está exprimida
- está machacada
- quitan los hijos a los padres
- curran como animales, son verdaderas hormiguitas
- “nos” comen el terreno, como las ratas
- nos critican como loros
- son menos fiables que las hienas

Este inventario, es, como se ve, un claro compendio de contradicciones que contrasta con el inventario de verbos que remite a acciones realizadas por el varón:

- se ha dado cuenta de que la mujer existe
- se ha dado cuenta de que la mujer se impone
- no se come una rosca si la mujer no quiere
- siempre hacemos lo que las mujeres nos dejan hacer
- no se separa, si la mujer no quiere
- se queda solo
- tendrá que buscarse la vida
- tendrá que cambiar de papel
- nos tenemos que poner inmediatamente a trabajar (ellas tienen tiempo para prepararse mejor)

- no tiene tiempo
- está más sujeto a las pasiones
- es más fuerte biológicamente
- tiene cantidad de culpa
- nos molestamos si la mujer trata de conquistarnos
- pasa de todo
- tenemos bastante cara y somos demasiado cómodos
- tiene que trabajar hasta doce horas al día
- tendría que asumir una serie de obligaciones que hasta ahora no asume
- decía soy el hombre y hago lo que me sale de los cojones
- llegaba a las once de la noche y decía “¿dónde está la cena?”
- mira menos el dinero que una mujer
- sigue aportando, hoy por hoy, el principio de autoridad familiar
- tenemos mas valores tradicionales que la mujer
- tampoco ha cambiado tanto en cuestión de valores
- tiene más tiempo para meditar valores eternos
- estaba aquí (mundo laboral) primero
- precisa del femenino, pero la mujer no necesita del hombre
- llegará un momento en que acepte la igualdad
- colaboramos con el cuidado de los hijos como nunca

Esta comparación de acciones asignadas a uno y otro género muestra como recaen sobre la mujer el papel de agente, especialmente en relación a situaciones (acciones) que denotan cambio y dominio. Por su parte las acciones que denotan dominio y protagonismo masculino se vinculan en su mayoría con el pasado. En la actualidad, parece convivir en el marco de una fuerte confusión un orden nuevo con un orden viejo, ante el cual, la mujer es percibida con mayor grado de protagonismo y capacidad de decisión.

### **La metáfora de la guerra**

La relación entre los géneros parece conceptualizarse mediante la metáfora de la guerra, metáfora de uso frecuente en los discursos femeninos cuando se invoca el ámbito laboral y en los discursos masculinos cuando se refieren a los ámbitos laboral y doméstico. Las relaciones se definen explícitamente como de: “rivalidad” y “competencia”; “hostilidad”; “guerra”; “batallas”; “enfrentamientos”; “escaramuzas”; “imposición”; “invasión”; “trinchera”; “caos bélico” hasta llegar al concepto “paz armada”.

*- Desde luego si hay que dar la batalla hay que saber estar bien preparadas para la trinchera, tu verás...*

*- Es que no sabes si es un enfrentamiento claro o si estamos más bien en una suerte de escaramuza, una batalla por la competencia con los chicos... porque con esos mismos que te peleas, tienes después que firmar la paz armada, eso también.. .*

## MUJERES

*- Las mujeres están un poquito más distraídas ahora mismo, porque tienen esa guerra pendiente de igualarnos.. es una rivalidad cargada de hostilidad, de hostilidades... pero no hay que dejar que ganen en la invasión y a lo mejor es el momento en que el varón tiene más tiempo para meditar en esos valores eternos que ellas por estar tan atrincherada, tan en competencia no pueden pensar...*

## VARONES

Lo más relevante de ambas posiciones es que se trata de un discurso (ambos) paranoico vinculado a un secular sentido de propiedad sobre diferentes territorios. Los varones consideran el ámbito laboral, su espacio por lo que no es extraño que unos y otros establezcan un nexo metafórico a través de la guerra por la conquista (o la defensa) de un mismo espacio. Una guerra que parece surgir por la agresión territorial ante la que no parece inmediata la “coexistencia pacífica” o dicho en otros términos, la cuestión del género se lidia en el espacio y más exactamente en los dos espacios que hacen actualmente a la identidad adulta del sujeto moderno: el espacio del trabajo y el espacio de la intimidad doméstica. El descubrimiento de este último espacio como un ámbito de identidad posible por parte de los varones, tampoco es fácilmente negociable ya que las mujeres se resisten a compartirlo. Aunque los discursos femeninos demandan librarse de tareas ingratas, no están dispuestas a perder el control (aún cuando sea el control remoto) de sus casas.

El paso de un discurso androcéntrico, en el que se ignora a la mujer, a un discurso en el que se hace explícita una alteridad conflictiva, entraña una redefinición del otro. Se reconoce así el surgimiento de un sujeto social nuevo:

- *“es otra persona, otro grupo social, no tiene nada que ver con lo que existía antes”*

- *ya no son amas de casa ni nada, no saben freír un huevo...*

... al que se le confieren atributos asociados a la fuerza y la independencia:

- *son sencillamente más independientes y más duras, son más cerebrales, no sé, son otra cosa...*

que contrasta con los discursos femeninos y la autoconciencia de sus posibilidades y estrategias.

## Los discursos femeninos

La visión de los acontecimientos que transmiten las mujeres se presentan como procesos de evolución positiva, en los que, sin embargo se enfatiza el “enfrentamiento territorial”. Las mujeres, con mayor claridad o con menos contradicciones que los varones, se oponen a lo que consideran las estrategias masculinas de dominación, especialmente la deslegitimación y/o exclusión del espacio laboral. Entre los puntos de confluencia destaca el hecho de que se observan en las formas discursivas femeninas, cambios muy semejantes a los señalados en el discurso masculino: (frecuente uso de anécdotas, recurso a la experiencia cotidiana, inclusión del interlocutor en el discurso, etc. junto a la aparición de nuevos rasgos como el abandono progresivo del “vacío de poder” y la asunción de la condición de agente. La desaparición de los tradicionales rasgos del discurso femenino así como su emergente presencia en el discurso de los varones lleva a que ambos estilos se aproximen, difuminándose los límites entre uno y otro.

### Acciones y actitudes que las mujeres atribuyen a los varones

- ayudan en casa
- están en el poder
- pueden tener más fallos (que las mujeres)
- no tienen ni idea de lo que les pasa a las mujeres
- no saben de los hijos
- siguen la corriente
- ahora son más sensibles

- necesitan ser queridos
- hay que hacerles creer que saben
- son inseguros
- están perdidos (frente a los roles tradicionales)
- son cómodos
- son físicamente más fuertes
- son más pasivos
- no tienen referentes
- están a la intemperie
- están privados de rol
- nos tienen miedo
- están obligados a dar el tipo aunque no sepan ni puedan
- no les ha quedado nada (de los roles tradicionales)
- les aterran los cambios
- son unos cachorros
- han sido mal educados (por las madres)
- viven en la inseguridad constante
- no saben ni quienes son, ni qué quieren
- están agilipollados
- les cuesta pensar en la nueva realidad que viven

Como se ve, la perspectiva femenina sobre los varones, sitúa a éstos en una posición muy deprimida con respecto a la tradicional hegemonía que caracterizaba la centralidad social que ocupaban. Frente a éstas designaciones, el listado de las acciones y actitudes que las mujeres manifiestan sobre sí mismas, pone en evidencia la existencia de una fuerte corriente de contraste como figura que articula el sentido de ambas miradas:

- controlan
- asumen la responsabilidad del hogar y del trabajo
- se sacrifican por los hijos
- educan a los varones
- pelean para que se comparta el trabajo
- trabajan para que se avance
- tienen que dar el doble de sí
- tienen que luchar el triple
- tienen que estar más preparadas
- están obligadas a asumir roles masculinos para ser respetadas
- tienen que demostrar cantidad de cosas
- tienen que ir de duras

- tienen que demostrar que se merecen el puesto que ocupan
- son más astutas
- son más rencorosas
- son más tenaces
- somos más brujas
- somos más insolidarias (entre mujeres)
- son más puñeteras
- son más calculadoras
- más frívolas y más románticas
- más perseverantes
- más voluntariosas

La sobrecarga de acciones que recae sobre la mujer pone de manifiesto una vivencia que ellas mismas describen caracterizada por el “estres”, “la angustia” e incluso, “la frustración”. Junto a la sobrecarga, aparece claramente el voluntarismo que se plasma en el uso de perífrasis que expresan la obligación de superar los obstáculos (“la mujer tiene que...”) y que se afianza en la necesidad de simultanear roles de doble responsabilidad, sobrecarga que lejos de inhibirle, le fortalece y le articula un peculiar orgullo de sí misma. Por su parte, las acciones atribuidas al varón ponen de manifiesto la notable inhibición que éstos representan ante las mujeres, la pasividad general que señalan sus acciones y la pervivencia, sin embargo, de su dominio en el mundo laboral. El resultado, en ningún caso, es alentador: la situación del varón se entiende como una situación de pérdida, de confusión y de crisis de su identidad, mientras que se juzga de forma ambivalente la propia situación de las mujeres, concebida, en parte, como ganancia (progreso, avance) y por otro como estrés y renuncia.

## Hacia un nuevo perfil de actores sociales

En los discursos analizados en esta investigación, contrariamente a lo señalado por otros autores (Irigaray, Griffin<sup>15</sup>, etc.) las mujeres toman con mayor frecuencia la palabra en su nombre, se designan como principales sujetos del discurso y agentes de la acción. Se rompe así, la tendencia habitualmente señalada, a eludir el papel de agente de la acción y por tanto, a no asumir las responsabilidades que derivan de éstas, detectándose un cambio de gran trascendencia que pone de manifiesto otros cambios de índole social como la consecución de un mayor grado de independencia femenina, que sobre todo, indica cambios en la percepción que el sujeto tiene de sí mismo, de su propia subjetividad. Estas mujeres ya no ocupan el lugar que se les ha asignado desde

<sup>15</sup> Griffin S (1981). “Pornography and silence” THE WOMEN’S PRESS, Londres.

el otro género, sino que se presentan como un colectivo en el que alternan la autopercepción como grupo, “las mujeres”, con la presencia activa del pronombre “yo” en la construcción de sus discursos:

*Yo estoy muy segura de haberme metido en camisa de once varas... Lo sé sin que nadie me lo cuente, pero es mi elección, es el camino que ha decidido hacer y del que no puedo renunciar sin traicionarme a mi misma.. y esto lo veo en general, en las mujeres,. y no espero que nadie me lo facilite, al contrario, yo creo que es posible encontrarme con otras mujeres y, perdón, con algunos hombres que me acompañen en mi elección.*

Si por un lado desaparece la intertextualidad<sup>16</sup> de los discursos femeninos, sintomáticamente éste está presente en los masculinos poniendo en entredicho las tradicionales consideraciones sobre los discursos de uno y otro género. Por lo que se refiere a la imagen de la mujer, destaca la ruptura con algunos aspectos del estereotipo tradicional: se eliminan los rasgos de debilidad y dependencia; se mantiene, sin embargo, la figura de la madre como encarnación de la esencia femenina. Aparece la imagen de un género fuerte, voluntarioso y luchador que no es totalmente positivo, sino ambivalente: genera respeto y cierta admiración y por otra parte estas imágenes son las que se sitúan en el contexto de la amenaza territorial. La mujer pasa a ser vista como un rival que quiere acaparar y desalojar al varón de distintos espacios de poder. A este discurso de la rivalidad, subyace la noción de “desviación”: las mujeres se apartan de la esencia del género femenino y de su espacio natural, el hogar. Sin ninguna duda, este es uno de los aspectos que aún plantean problemas a las mujeres en la definición de su identidad y que no es otro que la noción de desviación que subyace en los discursos masculinos y que remite a la noción de verdad sobre la “absoluta esencia de su género”. Mientras que las estrategias defensivas parecen eficaces contra las acusaciones de “explotadoras” (*el pobrecito esclavo...*); de utilizar las “armas de mujer” (*es un tópico*); estar privadas de capacidades racionales, de ser malas trabajadoras, quedan otros saberes ante los que aún no existe un contra-discurso porque no hay un contra-saber plenamente conformado. Y en esta realidad, en esta búsqueda y en esta incertidumbre se encuentra hoy el discurso femenino del final de siglo. Con algunos avances – metáfora del movimiento reiteradamente expresada por las propias mu-

– y con la necesidad de seguir profundizando en la búsqueda de nuevas señas de identidad sin olvidar que ésta, la identidad es una categoría, una experiencia y una ficción siempre cambiante de la propia historia que se transita<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Por intertextualidad entendemos la inclusión/reproducción de los puntos de vista de otros enunciadores y de otros discursos en el propio discurso. El sujeto enunciador toma en cada caso una posición particular ante ese intertexto incluido: lo asume o se enfrenta, lo desautoriza, lo rechaza, lo ignora, etc. (Ducrot).

<sup>17</sup> Schnaith Nelly “El sujeto entre la identidad y la norma” en *Las heridas de narciso*, catálogos, Buenos Aires, 1990.

Pero sin ninguna duda, en esta conformación de nuevos actores sociales el peso de mayores conmociones lo están sobrellevando los varones y así lo exhiben en sus discursos. Quizá porque este nuevo sistema de actitudes femeninas ha puesto en evidencia, como nunca antes, que se está tejiendo una nueva realidad que hace imposible las históricas formas de realización de la identidad masculina:

*-...Pasa que como quiera que la mujer ha ido evolucionando tanto, entonces parece que se quieren imponer a los hombres, o quieren ser ellas muchas veces, más que nosotros y entonces eso es lo que no puede ser, eso es algo que no se ha visto nunca, no sé...*

Sospecha que parece ser la causante profunda de un temor inconfeso, difuso y sin nombre que no es otro que el de saberse no definitivos. No definitivos en cuanto a las formas de representación y de simbolización de las estructuras de dominio, tanto más oscuro y amenazante cuando es señalado por esos mismos sujetos a los que se creía, desde siempre, parte vicaria de ese poderío. En esta nueva realidad, la mujer parece haber roto el equilibrio simbólico en el que había sido circunscrita, desencadenando una proliferación de fantasmas que anuncian la desarticulación del más prolijo de los poderes: el poder molecular, casi imperceptible, de las formas de dominio sobre lo cotidiano. En la búsqueda de nuevas formas de identidad, las mujeres desencadenan un doble temor masculino: el de la inconsistencia de la realidad – de siempre legitimada y construida sobre discursos legitimadores – y también el de la ineficacia de estas ancestrales formas de poder.

Dicho de otra manera, la sospecha de la existencia de una autorreferencialidad femenina que con tanta transparencia se exhiben los discursos de uno y otro género, simboliza una de las amenazas más radicales del actual entramado social porque cuestiona la totalidad del orden simbólico. De ahí que en el trazado de estos discursos – tanto los femeninos como los masculinos - se desbarata la tesis tan extendida de que la mujer ha sido pensada y tratada culturalmente como la diferencia del hombre. Como si el sistema de las representaciones de unas/os y otros/as pudiera ser interpretado siguiendo un eje de bipolaridad complementarias a partir de una dicotomía equivalente. No es así. La mujer ha sido pensada previamente, no por ser mujer, sino por no ser hombre. Su ser ha sido marcado desde el origen por un “no ser”. Así una cadena de consideraciones cuyo origen es una constitución negativa (y no sólo una diferencia) presenta en la actualidad un campo de convulsiones que, como no podía ser de otra forma, articula los discursos de uno y otro género.

Para finalizar, recorro a un brevísimo texto de John Berger<sup>18</sup> que dice así:

“Eramos niños. En mi cama había un oso de peluche dorado. En la de mi hermana, varias muñecas. Mi oso era siempre el mismo. No tenía ropa, sí unos astutos ojos de cristal negro y, en manos y pies, unos parches de terciopelo morado. Yo era un niño tímido, de modales silenciosos pero lograba que mi amor al oso le destrozara manos y pies que mi madre remendaba infaliblemente. Las muñecas de mi hermana eran de pelo crecido, con ojos tontos como botones. Ella les cambiaba frecuentemente los vestidos. Además los confeccionaba y antes nos contaba a todos cómo iban a ser, los lavaba y los planchaba. Mi oso era dorado y no tenía vestidos: estaba desnudo y refulgía como el color del metal. No era reemplazable: era un individuo, no un género...”

<sup>18</sup> Berger J. “Las mujeres trabajadoras” EL PAIS, Madrid. 8/3/98.